



Capítulo 266 - Relájate, pequeño.

El dragón, postrado ante Virgilio, temblaba; su estructura esquelética emitía grietas secas mientras su energía titilaba, débil e inestable. Había perdido toda su antigua majestuosidad; su aura de terror se disipaba como cenizas al viento. Ahora solo quedaba la sumisión: el reconocimiento absoluto de su derrota.

"P-por favor... Señor Monarca..." La voz de la criatura, antes llena de furia y orgullo, ahora no era más que un susurro suplicante. "¿Podría curarme...?"

Vergil lo miró sin emoción, sus ojos fríos reflejaban solo aburrimiento.

«Y yo que pensaba que esto sería un reto...», reflexionó, decepcionado. «Ashborne... ¿siempre fuiste así de patético?»



Claro, nunca había tenido grandes expectativas para Ashborne; el antiguo Rey de la Muerte era solo un paso más en su camino. ¿Pero dejar atrás a un "guardián" tan ridículamente débil? ¡Menudo chiste!

El dragón gimió de nuevo, su cuerpo descompuesto se retorció en una masa de sombras, restos de carne necrótica y huesos destrozados. Su presencia, antes abrumadora, ahora no era más que un espectro fragmentado, esperando la misericordia de un hombre que jamás había mostrado compasión.

Vergil dejó escapar un profundo suspiro, como si la escena ante él no fuera más que una pequeña molestia, algo que no merecía su atención. Sin prisa, levantó la mano, dejando que una llama púrpura danzara sobre sus dedos: la



misma energía oscura que le había robado a Ashborne, la esencia profana que una vez perteneció al Rey de la Muerte.

"Cúralo", ordenó.

La magia respondió de inmediato. Las llamas púrpuras se dispararon hacia el cuerpo del dragón, filtrándose por sus fracturas y extendiéndose como raíces por su esqueleto corrompido. La energía de la muerte no solo restauró sus huesos, sino que los reforzó, reconstruyendo su forma con una resiliencia aún mayor.

Vergil observaba en silencio, pero no había benevolencia en sus acciones: solo interés frío.

—Ahora —dijo con voz afilada como una espada—. Habla antes de que decida borrar tu existencia para siempre.



El dragón, temblando, comenzó a hablar inmediatamente.

Se retorció, sus costillas crujieron mientras su cuerpo recién restaurado aún temblaba por la brutalidad sufrida. Sus ojos brillantes, teñidos de púrpura, se alzaron hacia Vergil, llenos de miedo absoluto.

"¿Qué desea saber... Señor Monarca?" Su voz, antes llena de arrogancia, ahora era sumisa y cautelosa.

Vergil arqueó una ceja y un destello de irritación pasó por sus ojos.

"¿Por qué sigues llamándome 'Monarca'?" preguntó con voz carente de paciencia.



El dragón no dudó. "Porque eres el Monarca."

Vergil suspiró profundamente, pasándose una mano por la cara como si intentara quitarse un leve dolor de cabeza.

"Genial", murmuró para sí. "Otro título inútil que llevar..."

No perdió más tiempo en el asunto. Su mirada penetrante atravesó al dragón mientras avanzaba.

—Entonces dime... ¿Dónde estamos exactamente?

El dragón movió su enorme cabeza esquelética, como si reorganizara sus pensamientos antes de responder.

«Este lugar es la Dimensión de las Sombras...» Su voz resonó en el espacio que los rodeaba. «Un limbo entre el Inframundo y el Reino de los Muertos. Un dominio donde solo pueden transitar quienes llevan el peso de la Muerte. O mejor dicho...»

Ladeó la cabeza, su expresión espectral se tornó más seria. «El Rey de los Muertos, el Monarca, el Caballero de la Muerte».

Vergil lanzó una mirada fría al dragón, y la criatura tembló involuntariamente; su enorme cuerpo esquelético se estremeció bajo el peso de la abrumadora presencia del Rey Demonio. Tan solo esa mirada demoníaca fue suficiente para hacerle querer encogerse y desaparecer.





—Dime —ordenó Vergil con voz aguda como una espada—. ¿Qué es todo esto exactamente?

El dragón bajó la cabeza en señal de sumisión; su postura demostraba total respeto, o quizás puro miedo.

"No lo sé, Monarca", respondió con humildad. "Soy solo quien custodia este dominio... un simple centinela. Pero como puedes ver..." Su voz resonó sombríamente mientras levantaba lentamente su cuerpo deteriorado, con los huesos crujiendo bajo la tensión. "Ni siquiera puedo mantener mi forma."

Dudó un momento antes de continuar, como si cada palabra tuviera un peso inconmensurable.

El antiguo Monarca fue sellado... y con él, sus poderes. Sin su presencia, la energía que nos sustentaba, los Seres de las Sombras, se disipó. Quedamos a la deriva, atrapados entre la existencia y el olvido.



Vergil entrecerró los ojos, absorbiendo las palabras del dragón.

"Así que eso es...", pensó, sintiendo la energía residual que impregnaba el cuerpo debilitado de la criatura. "Stella sellando a Ashborne causó esta inestabilidad... tiene sentido que todos ustedes se debilitaran tanto."

Estudió la esencia negra que parpadeaba alrededor del dragón, una energía extraña y densa, algo completamente diferente a cualquier fuerza que hubiera encontrado antes.

"¿Cuánta energía te queda?", preguntó con tono directo y sin pretensiones. "Es difícil medirla cuando desconozco esta fuerza".



El dragón dudó un momento antes de responder, su postura mostraba cierta incomodidad.

Vergil tenía razón. La energía de la muerte, esa esencia oscura que impregnaba este mundo, le era completamente desconocida. Incluso cuando se enfrentó a Ashborne, no recordaba haber sentido nada parecido. De hecho...

Virgilio frunció el ceño ligeramente.

No recordaba nada de esa energía. Absolutamente nada.

Virgilio entrecerró los ojos.

"¿Quince por ciento?", repitió para sí, reflexionando. "Y aun así, esta cosa logró mantener una presencia intimidante, a pesar de no ser tan fuerte. ¿Cuánto poder habría tenido en su apogeo?"



Pero eso importaba poco en ese momento. Había preguntas más urgentes que responder.

—Dijiste que eras el guardián... —empezó Vergil con voz fría y desinteresada—. ¿Qué estás custodiando exactamente?

El dragón dudó un momento, como si dudara si debía revelar tal información. Luego, sin decir palabra, giró lentamente su cabeza esquelética hacia el fondo de la cámara.

Vergil siguió su mirada y por primera vez notó algo que hasta ahora había pasado desapercibido.



Las llamas púrpuras unidas a las paredes, que antes ardían suavemente, comenzaron a crecer, aumentando en intensidad como si respondieran a su presencia. Su luz parpadeante iluminó un espacio que antes había estado sumido en la oscuridad.

Y entonces lo vio.

Al fondo del vasto salón, donde una vez reinó la oscuridad suprema, se reveló una vista solemne e imponente.

Era una sala del trono.

El suelo de obsidiana reflejaba los etéreos matices de las llamas, y enormes columnas de piedra negra se alzaban a su alrededor, sosteniendo el techo distante. Pero fue lo que yacía en el centro de la sala lo que realmente captó la atención de Vergil.



Allí, sobre el trono de huesos y sombras, yacía una armadura sin vida.

Sentado en una postura rígida, como si esperara en silencio algo... o a alguien. La armadura era de intrincados detalles, adornada con grabados que latían débilmente con energía oscura; sus hombreras eran afiladas como cuchillas y el yelmo solo revelaba un vacío negro donde debería estar un rostro.

Incluso inerte, la mera presencia de la armadura exudaba una autoridad abrumadora.

Vergil observaba en silencio, analizando con la mirada cada detalle de la figura sentada. Algo en ella le resultaba... familiar. Como si una parte olvidada de su



mente reconociera lo que tenía ante sí, pero se negara a traer los recuerdos a la superficie.

Él frunció el ceño ligeramente.

"¿Quién es ese?" preguntó sin apartar la mirada de la armadura inmóvil.

El dragón permaneció en silencio por un momento antes de responder, su voz cargada de respeto y reverencia.

"El verdadero Monarca", declaró el dragón, y su voz resonó por todo el vasto salón.

Vergil levantó una ceja; el aburrimiento era evidente en su expresión.

—El verdadero, ¿eh? —murmuró, con la mirada fija en la armadura inmóvil del trono—. ¿Hablas de...?

—Un Monarca es un cuerpo espiritual —interrumpió el dragón, con su voz resonando con una solemnidad ancestral—. Ashborne murió en cuerpo, pero su alma... no.

Vergil dejó escapar un suspiro, cruzándose de brazos.

"¿Y?" preguntó claramente desinteresado.

El dragón ladeó levemente la cabeza, como si su presencia allí fuera un mero detalle comparado con lo que realmente importaba. Entonces, sin dudar, declaró:





—Eso... úsalo. —Su voz tenía un tono autoritario—. Y heredarás el poder del Caballero de la Muerte.

Vergil permaneció en silencio, examinando la armadura con su fría mirada una vez más. Algo en esto le pareció... sospechoso.

Pero detrás de los ojos vacíos del dragón, se estaba formando un pensamiento malicioso.

"¡Ve, tonto... ponte la armadura y trae a Ashborne de vuelta!"

Vergil no perdió tiempo con vacilaciones ni preguntas inútiles. Simplemente avanzó, sus pasos resonando por la vasta sala del trono mientras la presión a su alrededor se intensificaba. El dragón observaba en silencio, con los ojos brillando con una expectación maliciosa.



Cuando Vergil llegó al trono, se detuvo un momento, observando la armadura negra, tan oscura como el vacío mismo. Su diseño era imponente, con finos detalles tallados en su superficie, como si cada marca contara la historia de una guerra antigua. Pero él no estaba allí para admirarla.

Con un movimiento rápido, Vergil agarró el casco de la armadura y se lo arrancó. El metal negro chirrió y la pieza se desprendió fácilmente de sus manos.

Vacío.

Dentro del casco, no había nada. Ni cráneo, ni cuerpo, ni rastro de la esencia del antiguo Monarca. Solo un espacio vacío, esperando ser llenado.

"¿Eso es todo?" murmuró Vergil, mirando la armadura con expresión aburrida.

Sin perder más tiempo, empezó a ponérselo. El peto se ajustaba a su cuerpo como si hubiera sido hecho a medida. Los guanteletes se deslizaron sobre sus manos, con los detalles morados brillando tenuemente mientras los ajustaba. Las grebas se ajustaron perfectamente a sus piernas, y finalmente, se colocó el yelmo.

En el momento en que la armadura estuvo completamente puesta, un poder abrumador llenó el aire.

Vergil se quedó inmóvil, sintiendo la energía de la muerte misma entrelazarse con cada fibra de su ser. Algo en su interior se agitó: no una presencia, ni una consciencia externa, sino un poder latente que parecía haber esperado pacientemente a alguien digno.

—Eres un completo imbécil —murmuró Vergil con voz cargada de desdén al sentir la armadura fundirse con su cuerpo, como si hubiera sido hecha a medida. El metal negro vibraba con energía, adaptándose perfectamente a cada uno de sus movimientos.

—¿De verdad creías que tu amo seguía vivo dentro de mí? —preguntó, mirando fijamente al dragón con una mirada fría y calculadora.

Desde el principio, Vergil se había asegurado de que Ashborne estuviera realmente muerto. No quedaba rastro de consciencia ni fragmento alguno de voluntad. El ego de la energía había sido borrado por completo, reducido a la nada.

Muerte o no, esa energía ahora no era más que fuerza bruta, una fuente de poder demoníaco.





Y Vergil... Vergil tenía el cuerpo perfecto para dominarlo.

Apretó y abrió la mano, sintiendo la esencia misma de la muerte correr por sus venas. Una leve sonrisa irónica se dibujó en sus labios mientras murmuraba para sí mismo:

"¿Cómo lo dijo de nuevo...?"

Hizo una pausa, como si intentara recordar algo lejano. Luego, soltó una risa baja y sarcástica.

—Oh, sí... ¿"Soy la muerte"? —repitió burlonamente antes de desvanecerse en el aire.

Al instante siguiente, reapareció ante el dragón, veloz como una nube de sombras. La criatura abrió los ojos de par en par, sorprendida, y su cuerpo se tensó instintivamente para reaccionar.

—Itharine —dijo Vergil, con un tono entre divertido y peligroso—. Qué nombre tan bonito.

Los ojos del dragón brillaron con un instante de sorpresa y algo más profundo: miedo. Vergil no solo la llamaba por su nombre. Miraba más allá de la bestia, a la verdad oculta tras su colosal figura.

"Itharine Daraekhar." Lo pronunció a la perfección, saboreando cada sílaba mientras observaba su reacción. "Te ves muy linda."





El dragón se estremeció, sus instintos gritaban que se retirara. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía ver a través de la ilusión?

Gruñó, preparándose para esquivar cuando la mano de Vergil se alzó. ¿Un golpe? ¿Una prisión mágica? No...

Él simplemente colocó su mano sobre su cabeza.

Y la acarició.

El silencio reinó por un momento.

Itharine se quedó paralizada, sus pupilas se dilataron, incapaz de procesar lo que acababa de suceder.

Vergil sonrió. "Tranquilo, pequeño."

